

SUSENES Y EL DRAGÓN DE VALDOSO

(Cuento de Eduardo Rojo Díez para el proyecto PaseArte, inspirado en una leyenda relatada por Félix García Sáinz)

Hace millones de años, en el Jurásico, en la época de los dinosaurios que tanto os gustan, todo este valle de Oña que veis era un océano, un mar enorme con sus playas, sus conchas, sus caracolas... Por estos montes, cuando paseáis por sus caminos, si os fijáis bien, podéis encontrar fósiles de estos animales de mar. Las placas enormes que forman la tierra comenzaron a moverse, chocaron entre ellas y la superficie del planeta comenzó a arrugarse despacito, como si fuera un papel. Así surgieron unos pliegues que son estas montañas que veis aquí. Todo este valle estaba cerrado como un anfiteatro, como una presa, no existía este desfiladero del río Oca..., no se podía pasear hasta Socastillo. Todo este valle de Oña era un enorme lago cerrado. Pero sucedió que la tierra volvió a moverse por aquí y las sierras de Portillo Amargo y Pando se hundieron y se agacharon tanto que el agua comenzó a salir. Así nació el río Oca, que se fue al encuentro, un poco más abajo, de un gran río, el padre Ebro.

Mucho después, pero hace también miles de años, en el Cuaternario, apareció el hombre prehistórico por estas tierras. Vivía a la orillas del río y para comer recogía plantas, pescaba... Después fue inventando armas, como hachas de piedra, lanzas, flechas... para cazar animales salvajes. Cuando vinieron las épocas de lluvias, de frío y de hielo, en la época de los glaciares, se cobijaron en las cuevas. En la del Caballón, que se ve desde Socastillo, se encontró hace poco un cuerno con una cabra dibujada y un agujerito: algunos dicen que era el bastón de un jefe y otros un sistema para apuntar mejor con el arco. Enfrente está la cueva de la Blanca, la cueva Bonita, donde apareció un silbato hecho con el hueso de un animal y una mascarilla. En la cueva de Penches se pueden ver dos parejas de cabras grabadas en la piedra, una de ellas atravesada por una flecha. Así vivían los hombres primitivos.

Bueno, eso es lo que dicen los sabios que pasó para que nacieran estos valles y estas montañas. Pero los sabios tampoco lo saben todo... Vuestros abuelos, cuando eran pequeños como vosotros, tuvieron en la escuela de Oña un maestro que se llamaba Don Tiburcio, que les contó que una nube enorme, una masa de algodón colosal, le descubrió cómo surgió en realidad este lugar que ahora pisamos. Ésta es la historia:

Un duende muy curioso vivía allí arriba, en Portillo Amargo, donde a veces se ve brillar una placa desde la plaza del pueblo. Al duendecillo le gustaba vigilar a los humanos que vivían en el valle y especialmente a una niña inquieta que se llamaba Susenes, que vivía en una cabaña con sus padres, que eran pastores y se llamaban Oris y Pociles.

Un día Susenes se despistó, se alejó mucho de la cabaña, y se acercó hasta estos Covachones que veis aquí, donde se quedó dormida. Pero resulta que ahí vivía agazapado un dragón de tres cabezas que había sobrevivido a la destrucción de los dinosaurios. Era muy viejo y estaba ciego, pero enseguida olisqueó a la niña y se dispuso a atacarla. Era ya el atardecer y su padre Oris, que bajaba del monte de Pando con el rebaño de ovejas, oyó rugir al dragón y

su olfato percibió el fuego que salía de sus fauces. Corrió hasta los Covachones y descubrió que su hija iba a ser devorada.

- Susenes, despierta -gritó su padre desde un altozano- , que el dragón se abalanza sobre ti.

Entonces, como era muy fuerte, pertenecía a la tribu de los Autrigones, Oris arrancó una piedra enorme de la montaña y la lanzó con puntería hacia el dragón. La piedra que mató al dragón todavía la podéis ver antes de llegar a Socastillo, a la orilla del río, es la que ahora se llama Peña de los Guardias.

El dragón quedó malherido, vomitando sangre negra por la boca y echando humo por los orificios de la nariz, y huyó hasta Valdoso, donde cayó muerto. Valdoso es un valle muy profundo donde acudían a morir los animales, también los mitológicos. Los autrigones, la tribu que entonces vivía en Oña, lo enterraron allí mismo. Quedaron tres montículos, uno por cada cabeza, y crecieron tres nogales enormes. Son muy viejos, todavía podéis ir a verlos y comprobar que esta historia □ que el duende le contó a la nube, la nube al maestro don Tiburcio y yo a vosotros □ es verdadera. Es más, en otoño esos árboles dan unos frutos que se llaman nueces. Tienen la cáscara muy dura y una concha verde que las envuelve: son las lágrimas del dragón. Si tocas esas nueces verdes, las manos se te ponen negras, como la sangre del dragón que está enterrado debajo y que alimenta a los nogales de Valdoso. Pero hay más, aquí no acaba la historia.

Una vez que desapareció el viejo monstruo, Oris y Pociles dejaron ya jugar a su hija por todos los sitios, porque ya no había peligro. Susenes paseaba libre y contenta por todo el valle de Oña, hasta Tamayo. El duende, que era muy curioso, como os he dicho antes, un día vio sorprendido cómo la niña llevaba un precioso lazo azul en el pelo. Se fijó en que la cinta se le enganchó en un arbusto. Pero Susenes seguía correteando y el lazo iba soltándosele de su pelo, flotaba en el viento y, finalmente, se posaba en la tierra. Susenes corría y corría divertida y el lazo, misteriosamente, nunca se acababa. Ese lazo, que se quedaba en el suelo como si fuera una serpiente azul, se iba convirtiendo en agua, de una forma mágica que el duendecillo no acertaba a comprender. Así fue cómo nació el río Oca que veis aquí, aunque ya no es azul porque los humanos no lo cuidamos y echamos muchas porquerías a sus aguas.

Así surgió este valle que después se llamó Oña y que ahora pisamos con nuestros pies. A veces las cosas son más misteriosas de lo que parecen.

FIN